

SI Un poeta y catedrático granadino, Álvaro Salvador, sufrió hace años un tremendo accidente aéreo: al aterrizar, el avión en que volaba se partió literalmente por la mitad. Sólo hubo heridos. Por suerte –era al aterrizar, no al despegar– el combustible no se incendió. Pero Álvaro cuenta que vio cómo el avión se resquebrajaba ante sus narices... Se desató el cinturón de seguridad y saltó al suelo, que era la pista. Alguno otro (en el mismo caso) se fracturó el tobillo. Naturalmente, el catedrático tomó un miedo cervical a los aviones, pero para superarlo, se obligó a hacer otro viaje días después del tremendo shock. Con todo, evita –cuando puede– los vuelos.

Mi opinión personal es que todos (con raras excepciones) tenemos miedo al avión –dos o tres minutos por vuelo, si no hay turbulencias–, pero, en general, lo superamos, o lo que es más exacto, nos habituamos a tal miedo, porque es muy difícil vivir en el mundo actual –en cientos de profesiones– sin que el avión se cruce en tu camino. Aunque hay quien dice que si volvieran a instalarse las líneas marítimas transoceánicas, el sector del

NO Catástrofes como la ocurrida en el aeropuerto de Barajas con frecuencia hacen que prestemos atención a aspectos que antes ni nos planteábamos (¿es seguro volar en avión?, ¿habrán revisado los motores?, ¿qué significa este traqueo o ese extraño ruido?) y que, por tanto, tengamos ahora un poco más de aprensión y pensemos más en las cosas negativas que pueden suceder. Sin embargo, la probabilidad de que ocurra un accidente aéreo es la misma que la de hace unas semanas, cuando no nos planteábamos estas preguntas y dicha posibilidad era y es remota, especialmente en los países más desarrollados, como España, en los que las compañías aéreas son muy seguras y disponen de planes sistemáticos y exhaustivos de calidad.

La probabilidad de tener un accidente aéreo es una entre un millón de viajes, sin que este accidente tenga que ser necesariamente mortal. Los datos también señalan que viajar en avión es 29 veces más seguro que viajar en coche y cuatro veces más que viajar en tren. Por supuesto, ello no significa que no exista una probabilidad pequeña de tener un accidente, y cuando esto sucede no deja de ser doloroso y trágico. Pero la cuestión importante es que actividades como coger un avión, igual

Duro pero imprescindible

LUIS ANTONIO DE VILLENA

transporte aéreo lo notaría. Como lo ha notado con el AVE. Los responsables de aviación civil están hartos de decírnos y demostrar (y les asiste toda la razón) que el avión es el medio de transporte más seguro. Es decir, el que tiene menor número de accidentes. Casi nada si se compara con el automóvil. Cierto, pero no se dice (todos lo tenemos en mente) que los escasísimos accidentes aéreos son –en un 90%– mortales de necesidad. No queda nadie o malqueda. Mientras que en el coche (tan frágil, tan accidentable) la mayoría resulta con vida, pese al trastazo.

Tal es el inequívoco origen del miedo a volar y a los aviones: la certeza de que hay pocos accidentes, pero que cuando los hay no es infrecuente que mueran todos. Frente al auto, que tiene muchos accidentes, en los que la mayoría sobrevive, aunque quede con un bra-

zo roto. Pese a todo (como dije) la mayoría hacemos de tripas corazón y volamos, porque otras soluciones son difíciles o imposibles. ¿Cómo ir a América hoy, si no es en avión? Cierto, algunos –quizá más de los que lo dicen– vuelan tras tomarse un ansiolítico. Y hay una minoría a la que literalmente (presas de un terror pánico) les es del todo imposible volar. Yo vuelo con miedo (soportable, mínimo) pero vuelo y tengo miedo. Pero desde que existe el AVE no he ido a Sevilla en avión, por ejemplo, ni tan sólo una vez. Creo también que las líneas marítimas en naves seguras y rápidas, debieran volver a instalarse a título de prueba. Desde luego que nunca iban a competir con el avión en rapidez y velocidad, pero seguro que abrirían (de nuevo) un concepto de viaje más lento y placentero que nos está haciendo mucha falta. ¿Cuánto no se podría

trabajar –computadoras y telefonía móvil por medio– en una semana de travesía Cádiz-Buenos Aires, es un decir?

Pero, es verdad, nos pongamos como nos pongamos y busquemos por donde buscemos, el avión ahora mismo es insustituible, aunque otro accidente terminara con el mitico, lujoso y supersónico Concorde. Así es que, como el avión es necesario (y caramba, los buenos vuelos son muy buenos) pese al horror aeroportuario y al busilis que existe siempre, hay que aceptar volar. Sin duda. A cambio, debemos no sólo pedir sino exigir a autoridades y compañías aéreas que extremen las medidas de control y de seguridad, no con los pasajeros (ya cotidianamente cacheados, una vergüenza), sino con las tripulaciones –normalmente excelentes– y, sobre todo, con los propios aviones, que, por ser muy caros, a menudo pecan de viejos. Bien que como decía ayer un comandante un avión no es (fundamentalmente) joven o viejo, sino bien cuidado o mal cuidado. Por eso, entonces.

Luis Antonio de Villena es escritor y colaborador de EL MUNDO.

Sobrestimar los riesgos

MARÍA PAZ GARCÍA-VERA

que hacerlo a un coche o a un autobús, forman parte de nuestros hábitos de vida y las solemos realizar de forma automática, sin plantearnos en cada ocasión cuál es el riesgo de llevarlas a cabo. Esta forma automática de comportarnos es la habitual y adaptativa de nuestra condición humana; sería imposible un funcionamiento normal si cada vez que hicieramos alguna de estas actividades cotidianas nos planteásemos sus posibles riesgos.

Los seres humanos, una vez hemos considerado que una actividad cotidiana es segura, aparcamos ese tipo de cuestiones, salvo que ocurra algo excepcional, que nos haga prestarles atención. Cuando esto ocurre, valoramos nuevamente los riesgos y, a veces, tendemos a darle mayor importancia a un hecho en concreto que a cuantos han venido ocurriendo de forma repetida a lo largo del tiempo. De hecho, en Psicología se ha demostrado repetidamente el denominado *heurístico de disponibilidad* o tendencia a juzgar la probabilidad de que ocurra un acontecimiento de acuerdo

con la facilidad para recordar ejemplos del mismo. Como ahora las personas tenemos dramáticamente presente el accidente, tendemos a sobrestimar la probabilidad de que nuevamente ocurra, sin tener en cuenta lo infrecuente que ha sido a lo largo del tiempo y sin considerar otros acontecimientos negativos mucho más usuales. De ahí la tendencia a sobrestimar la frecuencia de las muertes provocadas por accidentes de coche, avión o tren, frente a otras muchos más frecuentes, como las provocadas por enfermedades, aunque estas últimas sean 16 veces más habituales. De hecho, este *heurístico de disponibilidad* nos hace ignorar en mayor medida los peligros que son más difíciles de visualizar como, por ejemplo, las muertes por el tabaco o el aumento de cáncer de piel por exposición excesiva al sol, frente a otros peligros como los accidentes aéreos, menos frecuentes pero mucho más visibles y que aparecen en mayor medida en los titulares de los medios de comunicación.

En resumen, las catástrofes hacen que las personas se sientan vulnerables, temerosas de perder su vida o las de sus seres queridos. Por eso una mayor aprensión en los días posteriores al accidente es normal, pero no debe conducirnos a tener miedo a volar. El hecho de que por la cercanía temporal del accidente anticipemos más peligros no significa que los haya, simplemente indica que pensamos más en ellos y que estos pensamientos nos generan un malestar innecesario. No obstante, la mayoría de las personas los controlan de un modo u otro, por ejemplo distrayéndose con otras actividades, y no permiten que interfieran en su vida haciéndoles cambiar su forma habitual de viajar. Actúan así de forma adecuada, porque cuando dejas de hacer algo por miedo, éste se fortalece.

Los estudios sobre las reacciones de las personas en situaciones similares permiten predecir que, en unas semanas, la mayoría normalizará sus reacciones cuando se dispongán a viajar en avión. Entender la normalidad de estas reacciones es el mejor modo de comenzar a superarlas.

María Paz García-Vera es directora de la Clínica Universitaria de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid.

EN LA RED

¿Tiene miedo a viajar en avión tras el accidente de Spanair?

Las 154 víctimas mortales y los 18 heridos en el accidente aéreo del pasado miércoles en Barajas siguen estremeciendo a todos. Aún debe concluir el trabajo de los forenses para la identificación de todos los

cuerpos y habrá que esperar algún tiempo a que finalice la investigación sobre las causas de la tragedia. Pese a que todos los datos estadísticos son concluyentes en cuanto a que el transporte aéreo es en la actualidad el

más seguro, muy por delante de otros como por ejemplo el coche, la alta cifra de muertos en este accidente provoca de manera inmediata que muchos ciudadanos sientan mayor temor a viajar en avión.

SI Un poeta y catedrático granadino, Alvaro Salvador, sufrió hace años un tremendo accidente aéreo: al aterrizar, el avión en que volaba se partió literalmente por la mitad. Sólo hubo heridos. Por suerte –era al aterrizar, no al despegar– el combustible no se incendió. Pero Alvaro cuenta que vio cómo el avión se resquebrajaba ante sus narices... Se desató el cinturón de seguridad y saltó al suelo, que era la pista. Algun otro (en el mismo caso) se fracturó el tobillo. Naturalmente, el catedrático tomó un miedo cerval a los aviones, pero para superarlo, se obligó a hacer otro viaje días después del tremendo *shock*. Con todo, evita –cuando puede– los vuelos.

Mi opinión personal es que todos (con raras excepciones) tenemos miedo al avión –dos o tres minutos por vuelo, si no hay turbulencias–, pero, en general, lo superamos, o lo que es más exacto, nos habituamos a tal miedo, porque es muy difícil vivir en el mundo actual –en cientos de profesiones– sin que el avión se cruce en tu camino. Aunque hay quien dice que si volvieran a instalarse las líneas marítimas transoceánicas, el sector del

Duro pero imprescindible

LUIS ANTONIO DE VILLENA

transporte aéreo lo notaría. Como lo ha notado con el AVE. Los responsables de aviación civil están hartos de decirnos y demostrar (y les asiste toda la razón) que el avión es el medio de transporte más seguro. Es decir, el que tiene menor número de accidentes. Casi nada si se compara con el automóvil. Ciento, pero no se dice (todos lo tenemos en mente) que los escasísimos accidentes aéreos son –en un 90%– mortales de necesidad. No queda nadie o malqueda. Mientras que en el coche (tan frágil, tan accidentable) la mayoría resulta con vida, pese al trastazo.

Tal es el inequívoco origen del miedo a volar y a los aviones: la certeza de que hay pocos accidentes, pero que cuando los hay no es infrecuente que mueran todos. Frente al auto, que tiene muchos accidentes, en los que la mayoría sobrevive, aunque quede con un bra-

zo roto. Pese a todo (como dije) la mayoría hacemos de tripas corazón y volamos, porque otras soluciones son difíciles o imposibles. ¿Cómo ir a América hoy, si no es en avión? Ciento, algunos –quizá más de los que lo dicen– vuelan tras tomarse un ansiolítico. Y hay una minoría a la que literalmente (presas de un terror pánico) les es del todo imposible volar. Yo vuelo con miedo (soportable, mínimo) pero vuelo y tengo miedo. Pero desde que existe el AVE no he ido a Sevilla en avión, por ejemplo, ni tan sólo una vez. Creo también que las líneas marítimas en naves seguras y rápidas, debieran volver a instalarse a título de prueba. Desde luego que nunca iban a competir con el avión en rapidez y velocidad, pero seguro que abrirían (de nuevo) un concepto de viaje más lento y placentero que nos está haciendo mucha falta. ¿Cuánto no se podría

trabajar –computadoras y telefonía móvil por medio– en una semana de travesía Cádiz-Buenos Aires, es un decir?

Pero, es verdad, nos pongamos como nos pongamos y busquemos por donde busquemos, el avión ahora mismo es insustituible, aunque otro accidente terminara con el mitico, lujoso y supersónico Concorde. Así es que, como el avión es necesario (y caramba, los buenos vuelos son muy buenos) pese al horror aeropuerto y al busilis que existe siempre, hay que aceptar volar. Sin duda. A cambio, debemos no sólo pedir sino exigir a autoridades y compañías aéreas que extremen las medidas de control y de seguridad, no con los pasajeros (ya cotidianamente cacheados, una vergüenza), sino con las tripulaciones –normalmente excelentes– y, sobre todo, con los propios aviones, que, por ser muy caros, a menudo pecan de viejos. Bien que como decía ayer un comandante un avión no es (fundamentalmente) joven o viejo, sino bien cuidado o mal cuidado. Por eso, entonces.

Luis Antonio de Villena es escritor y colaborador de EL MUNDO.

NO Catástrofes como la ocurrida en el aeropuerto de Barajas con frecuencia hacen que prestemos atención a aspectos que antes ni nos planteábamos (¿es seguro volar en avión?, ¿habrán revisado los motores?, ¿qué significa este traqueo o ese extraño ruido?) y que, por tanto, tengamos ahora un poco más de aprensión y pensemos más en las cosas negativas que pueden suceder. Sin embargo, la probabilidad

Sobreestimar los riesgos

MARÍA PAZ GARCÍA-VERA

que hacerlo a un coche o a un autobús, forman parte de nuestros hábitos de vida y las solemos realizar de forma automática, sin plantearnos en cada ocasión cuál es el riesgo

con la facilidad para recordar ejemplos del mismo. Como ahora las personas tenemos dramáticamente presente el accidente, tendemos a sobreestimar la probabilidad de que

En resumen, las catástrofes hacen que las personas se sientan vulnerables, temerosas de perder su vida o las de sus seres queridos. Por eso una mayor aprensión en los días posteriores al accidente es normal, pero no debe conducirnos a tener miedo a volar. El hecho de que por la cercanía temporal del accidente anticipemos más peligros no significa que los haya, simplemente indica que pensamos más en ellos y que estos pensamientos nos gene-